

**Laura Benedicto Escajedo**

Amparo ZACARÉS PAMBLANCO y Rosa MASCARELL, *María Zambrano. Filósofa de la Generación del 27*. Madrid: Antígona, 2021.

Benedicto Escajedo, Laura (2023). Aurora 24. 123-126. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2023.24.12. Recepción: 4/10/2022. Aceptación: 6/11/2022. Publicación: 13/2/2023

laurabenedicto@hotmail.com  
ORCID: 0000-0002-8829-9080  
Universidad Autónoma de Madrid

CC BY-NC-ND 3.0 Spain

La vida no tiene por sí una unidad, a lo menos no se nos hace visible, y esta es la mayor de las congojas y de las confusiones.

MARÍA ZAMBRANO, *Hacia un saber sobre el alma*

*María Zambrano. Filósofa de la Generación del 27*, escrito por Amparo Zacarés, profesora de estética en el Instituto Universitario de la Creatividad e Innovaciones Educativas, y Rosa Mascarell, quien fue la secretaria personal y documentalista de Zambrano a su regreso del exilio, es un libro que pretende reclamar el lugar que la filósofa merece y exponer la aún vigente necesidad de asumir que el saber tiene múltiples orígenes y que la experiencia es siempre corporal, pues no hay sujeto sin cuerpo.

En este sentido, es especialmente relevante la estructura del libro, que se abre con un prólogo de María Elizalde Frez y una introducción de Ana María Leyra Soriano, pero cuyo núcleo toma forma de diálogo, abriendo siempre Mascarell con un cuadro de su propia creación y una entrada en prosa poética y siguiendo Amparo Zacarés con un texto crítico. Además, de gran importancia, cabe destacar el epílogo, en que se incluye la correspondencia que ambas intercambiaron mientras el libro iba tomando forma. Así, partimos ya de una forma que se aleja mucho del tratado académico tradicional y que, honrando a la filósofa que las reúne, pone en preeminencia el amor, la amistad y la creación artística como fuente de saber.

De este modo, el ensayo transcurre estructurado a partir de seis tópicos a través de los cuales se trata de establecer, en un tono que oscila entre la academia y la divulgación, un estadio más en que se investiga ese vaivén entre el uno y el otro tan zambranio. El lector va del método al naufragio, de este al delirio, saltando luego a la memoria y finalizando con la luz y, como no podía ser de otro modo, la poesía. Con todo, no es esta una disposición lineal que acabe en la poesía; todos los tópicos están interrelacionados entre sí y son, en realidad, un mapa que se presenta coralmente, interdependiente y radial.

Así, el volumen se abre investigando acerca del método, los orígenes y disposiciones filosóficas y, para ello, debe destacarse la implacable crítica contra la filosofía platónica: desde la teoría de las ideas, el establecimiento de una metafísica jerárquica y excluyente, hasta el consiguiente exilio al que somete a los poetas, se alza la razón poética, una manera otra de pensar frente al cientificismo y la preeminencia de lo racional-lógico. Zacarés afirmará que «la poesía nos proporciona el encuentro con la vida y nos transmite la inquietud».

tante relación entre lo eterno y lo efímero» (pág. 39), presentando una poesía que se erige con una dignidad propia y autónoma, que es capaz de surgir en el encuentro entre la vida material y el ser y que, por ello, debe considerarse como vía de conocimiento basado en la vida, en un constante aprendizaje. Con todo, Zambrano no está renunciando a la verdad, defiende Zacarés, es más, la busca desde la única vía posible: «[el poeta] logra la unidad sin ejercer violencia alguna sobre la heterogeneidad de las cosas» (pág. 45). El pensar poético, parece decirnos, es el único que ha podido abarcar el ser y el no ser juntos; su método lo es todo porque no es violento con la vida, porque se instaura en ella, la atraviesa, abrazándola.

Resulta ineludible, a estas alturas, la referencia a Heráclito: su influencia en la obra de Zambrano es muy evidente, pues se trata de una filosofía en la que el ser y el no ser están integrados en el mismo plano, en la que el conocimiento parte del encuentro con el mundo material. Tal y como el filósofo de Éfeso promulgó con su conocida imagen del río, la filosofía de la razón poética es una navegación por unos cauces que son siempre mutantes, una guía de constelaciones impredecibles; ese es el método al que se refieren las pensadoras. Sin embargo, como toda navegación, lleva implícita la posibilidad del naufragio, un peligro-condición de vida, porque el encuentro entre el ser y el lenguaje es siempre el roce de la no-existencia. Así pues, es necesario asumir que «el mar por el que transcurre el itinerario vital común a todos nosotros y en donde a menudo naufragamos, precisa otro tipo de lenguaje» (pág. 64), uno que, lejos de tecnicismos yermos, manifieste la lucha, que exponga y no oculte el naufragio al que se ve abocado todo aquel que trata de darle una forma verbal a la vida.

Asimismo, Zacarés destaca en su ensayo la necesidad de repensar a Parménides, de quien se ha heredado popularmente la versión platónica: él expone dos vías, no las jerarquiza, y no debemos olvidar que escoge, precisamente, la forma de poema para comunicar sus tesis. Zambrano se mueve en una metafísica cuya órbita se halla mucho más cerca de la del *Dasein* de Heidegger, el ser lanzado sin condición a un mundo preexistente, una metafísica que parte de la extensión y de lo corporal. Del mismo modo se debe a la filosofía de Wittgenstein, de donde parten sus tesis sobre la angustia y el vértigo del instante, que condensa la imposibilidad de parar el devenir y que aboca insalvablemente al delirio. En este sentido, resulta de especial interés el cuadro con el que Mascarell abre este capítulo: sobre un fondo rojizo y amarillento, tres líneas cruzan de arriba abajo, iniciándose en una trayectoria paralela, pero desviándose en un momento a la izquierda. Se trata de una creación que recuerda el infierno dantesco, de donde parece que vaya a surgir un Virgilio guía, una vuelta a lo originario, porque es necesario «rescatar el sentir como fuente originaria del pensar» (pág. 74). Es la locura la única vía, el rincón desde donde tensar lo sistemático, lo sólido, establecido y reforzado. Con una cierta reminiscencia a las tesis

foucaultianas, Zacarés y Mascarell parecen querer demostrar que la locura es el constructo que ha tomado la ciencia para desprestigiar todo lo que no exista dentro de sus límites preestablecidos. Sin embargo, igual que los poetas deben vivir en el exilio, como la propia Zambrano se vio obligada a hacer en su vida, la locura es el único hogar donde recogerse, puesto que «el *logos* que funciona en la poesía surgirá de la desesperación de saber que la vida no puede ser salvada y que camina hacia la muerte» (pág. 77).

La razón poética es un derrumbamiento de los esquemas y por ello es una locura, por rozar el límite de lo cognoscitivo: es en el toque de lo real donde vemos el límite y donde puede escribirse, porque es ahí donde está la muerte. Por ello Zambrano habla de ella diciendo que es un «hacer morir y nacer a un mismo tiempo» (en *Notas para un método*. Madrid, Mondadori, 1989, pág. 128. Recuperado de Zacarés, pág. 80) porque el ser y el no ser están constantemente sucediendo, pero solo se siente la tensión entre ambos si se habita en el límite en el que el lenguaje hace y no hace sentido: «el nudo está en la muerte» (en Zambrano, *El hombre y lo divino*. Madrid, Siruela, 1992, pág. 92. Recuperado de Zacarés, pág. 85).

Pero, además, el delirio como condición para la ocupación poética exige una vuelta al pasado, puesto que conlleva una rotura con el esquema lineal existencial: es la importancia de la memoria en la obra de la filósofa. Mascarell observa en las cartas finales que: «Podríamos decir con María que somos nosotras y nuestros sueños, ensueños y delirios» (pág. 164); no hay una identidad que no dependa del delirio, pues todo ser queda atado a él. Así, se retoma de nuevo la discusión acerca de la importancia del cuerpo: si la razón poética era un pensar vivencial, un aprendizaje, la memoria es siempre física, corporal. El recuerdo no se plantea, entonces, como una toma de posesión del pasado, sino como un «adentramiento» (pág. 100) al modo proustiano, una red de conexiones, un transcurrir entre los claros del bosque. La poesía, pues, se plantea como expresión de la pureza originaria, como un saber radical que implica ineludiblemente un registro del cuerpo y de la memoria. Zacarés establece un vínculo con Vico —cabe destacar aquí que la suya fue la primera tesis sobre el autor leída en la Universidad de Valencia— cuyo núcleo se basa en el ensalzamiento de la poesía como fuente de saber. Sin embargo, si bien Zambrano se debe a su modelo y al de Dilthey, con sus tesis sobre las «ciencias del espíritu», su razón poética ya no pende de un modelo científico ni intenta justificar la poesía con su terminología. La entrada poética de Mascarell al concepto «luz» nos lo recuerda: es la importancia de abrazar las sombras de la luz sin necesidad de justificarlas o esconderlas, es la importancia de la aurora, concepto también usado por Nietzsche, el principio y el final, punto de encuentro entre las dos fuerzas. Es esa la luz que se desea, la tenue, la luz de los misterios, de la poesía, que huye de la luz de neón del científico en el laboratorio.

Si tuviésemos que condensar de algún modo la tarea de Zambrano, sería la de reivindicar la capacidad cognitiva de la sensibilidad por encima de todo y la de promulgar el modelo consecutivo en que el amor y la piedad sean protagonistas. La labor de Mascarell y Zacarés ha sido la de seguir ese camino, seguir labrando con fe un camino que piense de una manera otra y que pueda, de algún modo, resquebrajar los cristales de aumento bajo los que se ha contemplado la vida en la academia.



Este documento está sujeto a la licencia de Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada de Creative Commons, cuyo texto está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

Jordi Morell. *Assaig visual de les aigües de la llacuna #2*, 2022.

